



CARTA I.

Sr. Dn. Andrés Zentella.

Jalpa. Tabasco.

Querido hermano:

Me ha entristecido tu carta del 28 del pasado, que he recibido hoy día de la Guadalupe, aniversario de la muerte de nuestra buena madre, y me ha entristecido, primero: porque supongo lo que habrás sufrido, y, segundo, porque veo que el estudio y la experiencia poco ó nada te han modificado, y consideras aún la muerte de un ser querido como el mayor de los males para él, o para los que le sobreviven; sentimientos que la educación ha engendrado en nosotros, que son, y que serán todavía, para nuestros hijos, la pauta a que ha de ajustar el corazón de los humanos las funciones de sus válvulas, pues apenas de una manera lenta, van ganando terreno las ideas positivas, aunque no te cuadre la palabra cuando de efectos se trata, en el

campo de la verdad. Falsicado el objeto de la vida por todas las teogonías, hasta hacer del sufrimiento escala para llegar á la felicidad; de la humillación una virtud, y del intento de realizar imposibles una heroicidad, era lógico que fuera la humanidad cayendo y levantando en esa cruenta lucha entre el error hereditario y la verdad conquistada.

La exageración de las fuerzas que toman su origen en el movimiento inicial de que está dotada toda la naturaleza, es la verdadera causa de nuestros males; y haciendo abstracción de las demás fuerzas, por no venir al asunto de esta carta, quiero considerar la que en el caso presente es motivo de tu pena. El instinto de la propia conservación es la fuerza inicial, en virtud de la que, todo animal huye de lo que ataca su existencia y se aproxima a lo que la favorece; seguramente este instinto, aunque más fuerte, es más embrionario en el salvaje que en el hombre civilizado, porque todas las fuerzas en su iniciación, siendo más simples, son más intensas, haciéndose después por las resistencias y por fuerzas concurrentes más com-

plexas, se debilitan y hasta llegan á ser dominadas. Es muy difícil, por no decir imposible, que el salvaje sacrifique su existencia por otros intereses que no sean los suyos propios; el hombre civilizado se comporta de distinta manera, y vence el instinto de la propia conservación, sirviendo intereses que no refluyen en beneficio directo de su personalidad. Tomando este instinto de la propia conservación simplemente, como la fuerza que lanza un proyectil, sin considerar todas las modificaciones que sufre, las combinaciones y reacciones á que está expuesto, vemos también, que se va debilitando hasta ser completamente nulo en el decrepito anciano, que mira con cierta fruición su postrero fin. Pues bien, esa fuerza que tiene por objeto protegernos de los ataques accidentales que pueden ocasionarnos la muerte, la exageramos, y de esta exageración te hablabá al principio, hasta el extremo que creemos debe protegernos de la muerte en términos absolutos.

La vida no es un bien ni es un mal, es simplemente un resultado de determinada pro-

ción de materia, que viene organizada con fuerzas capaces para realizar la evolución que le está encomendada por leyes generales que rigen al conjunto. Tú y la generalidad, mal aplicando este principio al caso de que se trata, objetarán, que, á ser cierto, mata todas las afecciones que son la base de la sociabilidad, y a esto contestaré: que mata los afectos incondicionales: el quiero, porque quiero, y el sufro porque sufro, y esto te servirá para contradecir esta otra vulgaridad: que el corazón no razona; con lo cual se pretende afirmar que el sentimiento está desligado por completo de la razón. Es cierto que aquella entraña no razona, pero también es verdad que no siente; cumple con repartir convenientemente y mover con regularidad la sangre negra y roja, y si nos ponemos pálidos de ira ó encendidos de vergüenza, el corazón no hace otra cosa que obedecer á los nervios que están regidos por el cerebro; el sentimiento no es otra cosa que el resultado de las impresiones que este órgano recibe y son producidas por los objetos externos reales o imaginarios: en el primer

caso, la sensación es netamente objetiva, como cuando vemos la desesperación del que agoniza cosido, á puñaladas; el órgano de la visión lleva al cerebro la imagen y por reflexión, sentimos pena juzgando lo que sufriríamos si fuéramos los pacientes; en el segundo caso el sentimiento es subjetivo, como cuando nos imaginamos un suceso semejante al del ejemplo propuesto, nuestro cerebro forma la imagen, y a proporción de la intensidad de ella, es la intensidad de la sensación, de aquí que la sensibilidad sea mayor cuanto es más grande el poder imaginativo.

Las afecciones razonadas o mejor dicho, que son el producto de la razón, tendrán necesariamente que existir. Cuando se profesa cariño á un ser cualquiera, porque la razón nos dice que debe ser estimado por la significación que tiene en nuestro adelanto y desenvolvimiento progresivo, ni se le excusa el afecto ni podrá excusársele, será la lógica consecuencia de la reflexión, Aún podrás argüirme que reflexiono tan fríamente, porque no soy parte inmediatamente interesada en el suceso, pero aparte de

lo que tiene de vicioso este argumento, pues quieres darme por prueba de la racionalidad de tu pena el hecho de su existencia, existe otra razón, y es la de que, si razono con frialdad, proviene de que no tengo sentimientos anticipadamente creados para apreciar un hecho de acuerdo con tales sentimientos o, lo que es lo mismo, no he viciado con una sensibilidad hija de la costumbre, el juicio que debo formar acerca de determinado suceso, que pueda tener lugar en condiciones diametralmente opuestas a aquellas en que supongo debe verificarse; estas condiciones debían modificar el sentimiento o anularlo por completo, cosa que no acontece a quien ya tiene, digámoslo así, el propósito de sentir con tal intensidad y en determinada forma. Y vamos al caso concreto de la muerte de un ser querido por razón de parentesco; aparte de la ley, de la cual nace el cariño, que fuerza á los padres á cuidar de la prole; ¿qué clase de sentimientos es el que debe embargarnos? ¿Es el desbordamiento de la pena que consiste en entregarnos á ella sin ninguna resistencia. y hacerla mayor á proporción de

que por exceso de ella se debilitan nuestras fuerzas para resistirla? ¿O debe ser el sentimiento razonado que tiene su límite cualitativo y cuantitativo? Nada en la naturaleza escapa a las condiciones de cantidad y cualidad, atributos esenciales de todo ser, y aún de los mismo atributos. ¿Sientes lo mismo la muerte de un perro cazador habilísimo, guardián celoso, que la del que ronca al pié de la mesa del comedor atento solo al ruido de los platos? ¿Y sientes igualmente la de uno, que la de diez que tengan las condiciones del primero? Seguramente que no, y en este caso tu sentimiento es razonado, porque las condiciones de cualidad y cantidad no se aprecian sino por la razón; y es este sentimiento cuantitativo y cualitativo, porque no tienes ideas preconcebidas acerca del cariño que debes tener a los perros. No me negarás esta verdad en presencia del progreso a que está sometida la evolución biológica. El salvaje por la pérdida de un ser querido se mesaba los cabellos, se daba contra los árboles, se arrojaba al suelo y prorrumpía en alaridos estridentes, teniendo, sin-

embargo, una pena moral mucha menor que la del hombre civilizado, pues apesar de esas muestras de intensísimo dolor, no tenía por sus hijos un afecto racional. Así lo aseguran los viajeros que, a la par que afirman la solicitud del salvaje por su prole, nos dan testimonio de hechos verdaderamente repugnantes, llevados a cabo por los mismos que de una manera tan desbordada dan señales de su pena. Así lo dice Mouat refiriéndose á los habitantes de las islas Adaman. Sow de los Fueguianos y Sturt de los Australianos. Este mismo salvaje, tan encariñado con su prole, mata á sus hijos para cebar sus anzuelos y el indochino á su primogénito por quitame esas pajas; y asegura Falkner que los pagotanes dan sus hijos por copa más ó menos de aguardiente, y los del estrecho Puget los juegan, si no a cara y sello, a quien mejor clave la flecha en el blanco; ya verás por esto que el afecto neurótico hacia los hijos es menos que nada. ¿Qué es lo que ha hecho cambiar la manera de expresar la pena y hasta su esencia, haciéndola más

intensa, más profunda, pero más dominable, más sometida á la razón, en una palabra, menos extravagante?

Seguramente me harás muchas objeciones, que yo traduzco en esta forma: "Música celestial, si á mi hermano se le muere un hijo lo sentirá tanto como yo, y de la misma manera" y, esta objeción, caso que se desbordase mi pena en la misma forma que la tuya, probará únicamente, que tenemos el mismo medio ambiente, los mismos prejuicios que resultan de la educación y que, sin embargo, ya no va de acuerdo mi sentimiento, ó mejor dicho mi manera de sentir, con mi raciocinio, lo que es ya bastante. Esta es la lucha que tiene que sufrir nuestro organismo al verificarse las modificaciones de las células cerebrales. Ni tú, ni yó creemos en los aparecidos, ni en la vuelta de los muertos, ni que Cristo esté en la hostia; ni en los sueños, ni en los presagios y sin embargo sentimos cierto temor vago en la oscuridad, el cual mostramos por un deseo vivísimo de ver en las tinieblas; crisperos nervios la vista de un sepulcro, nos

parece que blasfemamos cuando decimos que la hostia es una sustancia alimenticia, poco más ó menos, como cualquiera farinácea; un sueño fatídico engendra en nosotros algún malestar, y con trabajo apartamos de nuestra mente el pronóstico infausto de la bruja agorera. El trabajo de nuestro organismo, para desnudarse de la vestidura de sus errores, es sobrado lento, y cuando nos creemos totalmente desposeídos de un mal hábito, si nos estudiamos con detenimiento, encontramos de él en nosotros algún resquicio, algo así como una huella que no ha podido borrarse. ¿Qué opinamos de los bárbaros que á terrible tortura se sometían restirándose los labios para adornarlos con piedras y plumas con que, de parte á parte, se los atravezaban, dudando qué más se debe admirar, si el valor con que tal tortura soportaban ó la constancia con que sufrían la consecuente incomodidad? ¿Es verdad que no pensamos en esta especie de tatuaje sin estremernos de horror? Mira, pues, lo poderosos que son los sentimientos debidos á las he-

rencia: no encontramos completo el atavio de una dama que no porta pendientes; pendientes que descenden en líneas rectas de aquel tatuaje, y el estético indumento no puede desprenderse aún del horadado labio del salvaje. Cuantos siglos habrán de ser necesarios para que sintamos horror por el pinchazo que nuestras hijas soportan, para que tengan, al llegar á mozas, donde colocar la alhaja de finísima filigrana! ¿Qué es esto? El atavismo de la educación, el mal alimento de nuestros abuelos, infiltrándose de generación en generación. Ya no creemos en las sombras, ni en los duendes, ni en las brujas, ni en el diablo, ni que la estética de lo bello se amolde aun á la perforada nariz del bárbaro.

Más estas doctrinas no destruyen los afectos de familia, antes los purifican; la sociedad es un compuesto del agregado hombre, del que cada uno en sí y en el conjunto, obedece á leyes ineludibles que lo van transformando como á todos los seres, piedra, árbol, ó animal, sin destruir la esencia de

la sociabilidad humana, cuando de humanos se trata. Hoy cuidamos de nuestra prole en virtud de la ley que rige á la generación y la profesamos hasta cierto punto un cariño neurótico, que, sin disminuir su intensidad, cambiará de forma, haciendo que las relaciones producidas por los afectos sean más estables y estén desprovistas de los sacudimientos bruscos pasionales, que son una prueba de desequilibrio en nuestro organismo.

Perdona esta larga carta escrita con motivo del suceso, que, si no me afecta como á ti, me produce la pena neurótica de que antes te he ablado, pues á pesar de todos mis razonamientos y de las convicciones que he ido adquiriendo, no estoy, ni puedo estar aún desligado de todos los antecedentes, que son los factores de nuestra manera de ser. Cuando me convencí de la mentira de todas las religiones, así de las que se llaman reveladas, como de las que tienen un abolengo de más baja alcúrnica, pasé mucho tiempo sin atreverme á externar mis convicciones, principalmente cuando se trataba de la religión que á mi derre-

dor estaba, y aún está en mayor privanza. Sabía que al vino, ni palabra, ni conjuro, ni poder químico alguno podía convertirlo en sangre, y menos en la de Cristo, de la cual los elementos se han dissociado dieciocho siglos ha.

Comió el salvaje á sus semejantes en la creencia de que por la digestión se podía apropiarse el valor y la fuerza del enemigo por él vencido en el combate; y eran sus hartazgos de carne humana sus más regocijados banquetes; llegó después á convencerse de lo irracional de su costumbre, pero, indudablemente, cuando se estaba verificando esta transformación, debe haber sentido, en muchos casos, deseos de darle un mordizco al guerrero que hacía sucumbir en el combate. De aquella costumbre á sentir el horror de que al presente estamos poseídos ¡que de siglos y siglos no han pasados! Es indudable que nuestros antepasados comieron carne humana y, ¡cómo nos estremecemos hoy, al imaginarnos un caníbal engulléndose un brazo crudo y chorreando sangre á dentellada limpia y sin la menor pena, y con

intenso placer! Primero, la inteligencia y la convicción del salvaje, estaban de acuerdo con su sistema nervioso y ninguna fibra se le contraía al pensar en comerse á un semejante, ni más ni menos como se come un perro á una liebre que caza; la experiencia después le fué enseñando que no adquiriría las cualidades del muerto con engullírselo, y le quedó siempre el apetito para comérselos, porque ya su cuerpo se estimulaba en presencia del manjar á que millares de generaciones estaban acostumbradas. Para que se fuera desposeyendo su organismo de aquella fuerza que lo impulsaba á comerse á un semejante, y naciera en él la fuerza contraria de la repugnancia, ¡que de modificaciones no habrá sufrido su sistema nervioso! ¡y que de años no habrán pasado! Este es el progreso de la evolución biológica: primero la idea á fuerza de persistencia modifica el organismo hasta ponerse de acuerdo uno y otro, así viven en perfecto maridaje siglos y siglos; después los hechos observados van modificando las convicciones anteriores y esta convicción va lentamente modificando el organismo, pero esta mo-

dificación no se efectúa sin las consiguientes resistencias, que llegan en muchos casos á ser una temible lucha, como cuando repentinamente, por una observación inesperada, adquirimos el conocimiento de que somos víctimas de algún error, entonces el trabajo es rudísimo, hasta que vuelve otra vez á estar de acuerdo el organismo con la idea. Te separo así el fenómeno para que te des cuenta de él, suponiendo una dualidad que no existe, porque en realidad no es sino la lucha de dos fuerzas, la interna que está en posesión de todo nuestro sér y la objetiva que la experiencia crea y quiere imponerse á la primera. Más simple es aún el fenómeno de la evolución biológica. Pero te queda un supremo argumento; dirás: no se ha verificado en mi esa evolución á que te refieres, y el mal me apena sin que yo pueda evitarlo; cierto, pero el convencimiento de que nuestra sensibilidad no debe ser exitada de tal manera, disminuye en algo la exitación, y ya esto es un punto de partida para la reforma de nuestro organismo. Si creyeras en los aparecidos, al ver una sombra cualquiera te estremecerías, y

como tu creencia y el hábito de estremecerte por las tales sombras estaban de acuerdo, temblarías, te desvanecerías y hasta podrías sufrir un ataque de catalepcia, pero como estás convencido de que no hay tales aparecidos, sufres el ligero estremecimiento hijo del hábito que heredó tu sistema nervioso, que es dominado por la convicción, y te serenas, y no hay desvanecimiento ni ataques de catalepcia. Y de aquí ese consuelo que llamamos vulgar: «¿Qué le va Ud. á hacer, si ya no tiene remedio? Todos nacimos para morir». Y tu sufres al pensar en ello y te vas, poco a poco, consolando. Este consuelo, hermano, es la fuerza que ha de pasar á nuestro organismo como à él ha pasado ya el horror a los banquetes de los caníbales, por más que yo no sepa en cuantos millones de siglos; y ya hay algunos que piensan como yo á despecho de que se les moteje, porque se atreven á sostener, como fenómeno biológico del porvenir, que no existirá la pena histórica ocasionada por la muerte de seres queridos. La pena puramente sensacional acabará con el transcurso del tiempo, y sentiremos

la desaparición de un ser querido lo mismo el primero que el último día de nuestra existencia, sin que estos sentimientos nos causen desarreglos, que otra cosa no es el dolor, malamente llamado moral, tal cual hoy lo sentimos.

Te abraza tu hermano.

ARCADIO ZENTELLA.

Diciembre 20 1894.

